

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis
meses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-
ses, 60.—Un año, 100.
Anuncios á real y medio linea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las
suscripciones enviando á esta Administracion el
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, calle
de O'Reilly, núm. 54



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Plaza de Celenque, número 1, esquina á la del Arenal.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

COSAS DEL DIA

La prensa ha seguido ocupándose del singular y misterioso atentado cometido en la noche del sábado contra el Sr. Ruiz Zorrilla. Nosotros que convenimos con nuestros colegas en execrar el crimen, no estamos conformes en la admiracion que manifiestan.

Dado el sistema que se ha seguido de dos años á esta parte, lo admirable no es que se cometan crímenes, lo sería que no se cometieran.

¿No hemos clamado todos una y ciento y mil veces porque se estableciera un cuerpo de seguridad pública, capaz de prestar el servicio que los señores del carrik y el sombrero de fieltro no prestaban?

¿No hemos pedido justicia y nada más que justicia, cada vez que las calles de Madrid ó de alguna poblacion de provincia se ensangrentaban por una turba de malvados?

Y ¿no se ha negado hasta desde los bancos del Congreso la existencia, tantas veces denunciada de asociaciones criminales?

¿No ha llegado el caso de que un hombre que acababa de salir del ministerio se atreviese en presencia de la representacion nacional, á comparar semejantes asociaciones (cuya existencia negaba) con el lápiz del fiscal de imprenta, y á decir que las preferia?

¿No se ha hecho todo lo posible desde Setiembre de 1868 hasta la fecha, por desprestigiar el principio de autoridad? ¿No se han reñido verdaderas batallas entre los

partidos coaligados para nombrar una magistratura exclusivamente de partido? ¿No se han improvisado autoridades cuyos méritos consistian en haber conspirado toda su vida y haber gritado en todos los motines?

Pues vean los resultados aquellos que todo esto han hecho ó aplaudido.

¿Pensábais que el crimen os declararia inviolables?

¿Qué desvario!

Cuando toda la sociedad está amenazada, los gobernantes no pueden vivir tranquilos.



Por fin parece que se piensa en poner remedio al mal que nos aqueja.

La verdad es que la cosa urge.

graciadamente para Margarita, las llevaban muchos iguales en aquella época, y esta parte del traje no podia dirigirla por tanto en sus conjeturas.

Por fin llegaron á la sala baja, y el extranjero entro en ella, mientras que la criada decia á su amo:

—Señor, esta es la persona que llamaba, yo no sé si será el amigo á quien esperabais,—porque no he podido ver...

El barbero no dejó á Margarita concluir estas frases, pues corrió hácia el extranjero, y le hizo acercarse al fuego, exclamando al mismo tiempo.

—¡Por fin has llegado! temia que no vinieras, porque como está tan mala la noche, como hace tan mal tiempo... pero siéntate ahí... cenaremos juntos.

—Bien, dijo para sí Margarita; para cenar, será preciso que se quite la capa, así podré ver al fin su rostro. No sé por qué tengo tantas ganas de conocer á este hombre... Si es un amigo de mi amo, debe haber venido muy pocas veces á verle, porque no he reconocido su voz; su estatura es mas bien alta que baja; y parece ser joven... sí, no me queda duda, debe ser joven. No parece un estudiante... y sin embargo creo que ha de ser un guapo mozo. En su modo de andar me ha parecido un militar... Ya veremos á ver si me he engañado.

—Y la vieja criada, no quitaba los ojos del desconocido, el cual se habia dejado caer sobre una silla, sin hacer ningun ademan que indicase que queria desembarazarse de la capa y el sombrero, aunque ambas prendas estuviesen caladas por la lluvia.

—Si quereis, dijo Margarita, no pudiendo contener ya su impaciencia, y acercándose al mismo tiempo á la silla del recién llegado, os quitaré la capa que está mojada y la haré secar mientras que cenais.

—Es inútil, Margarita, dijo el barbero interponiéndose precipitadamente entre la vieja y su amigo. No necesitamos de vuestros servicios. Podeis acostaros, pues yo cerraré la puerta cuando se vaya este caballero.

Margarita pareció quedarse petrificada al recibir esta órden. Despues miró á su amo, é iba ya á permitirse hacerle algunas observaciones, cuando M. Touquet fijó sus ojos sobre ella con una espresion que no admitia réplica, diciéndole al mismo tiempo:

—Salid y no volvais para nada.

La vieja criada se calló, tomó su lámpara, se inclinó delante de su amo y se dispuso á abandonar la sala, no sin arrojar una última mirada sobre el embozado, el cual seguia siempre inmóvil sentado junto al fuego. Tenia que

á cantar una infinidad de canciones llenas de indecencias! ¿A dónde vamos á parar? ¡Virgen santísima! Los colegiales mas desvergonzados que nunca, y los hijos de familia y todos, armados siempre con puñales ó espadas... ¡Ah! señor, Satanas se ha establecido en nuestra pobre ciudad, y quiere que todos vayamos con él á los infiernos.

Margarita se detuvo por segunda vez y escuchó, pero el barbero seguia guardando el mas profundo silencio, pasando de cuando en cuando su mano derecha por su frente y echando hácia atrás los bucles de su cabellos, por lo cual se comprendia que no se entregaba al sueño. Para aquellas personas que les gusta mucho hablar, es una felicidad el ser escuchadas ó creerlo así por lo menos, por lo cual la vieja criada siguió su discurso despues de esta corta pausa, considerando que no se le proporcionarían muchas ocasiones tan buenas como aquella para hacerse escuchar.

—¡Gracias á Dios! siguió diciendo, que puedo decir con orgullo que me hallo en una buena casa, pues hace ocho años que estoy á vuestro servicio, y nunca he visto nada contrario á la decencia ó las buenas costumbres.

Me acuerdo muy bien del dia en que me dijeron hace ocho años:—«Margarita, M. Touquet, el barbero de la calle de Bourdonnais, busca una criada.» Yo... os pido perdón, pero me quedé pensativa... las casas de los barberos y las posadas, no son muy descansadas; pero me dijeron que M. Touquet, estaba solo que no tenia ningun huésped, que se contentaba con ejercer su profesion por la mañana, y que despues no recibia á nadie en su casa, en donde tenia una niña que habia adoptado, y á la cual educaba con esmero. Francamente esto fué lo que me decidió, y no he tenido nunca que arrepentirme de mi resolucion. Todas las mañanas se llena la tienda de gentes de todas las profesiones, pero ninguno penetra en el interior de la casa. Además me dá gusto ver la dignidad con que ejercéis vuestro oficio; y lo que admiro sobre todo, es el interés que mostrais por esa huérfana... porque si no me engaño, me habeis dicho que era huérfana... Sí, me lo habeis dicho. Es verdad que la señorita Blanca se merece todo lo que se haga por ella. Pero creo que no os he dicho los medios de que me valgo para preservar su inocencia. ¡Oh! este es un secreto, ¡pero un secreto maravilloso!... Sin embargo os lo voy á confiar. La vecina de enfrente, la de la tienda de sedas, me ha comunicado este inapreciable secreto, el cual consiste en un pedacito de cabritilla, sobre el cual se hacen algunos signos y se dicen algunas palabras, siendo desde aquel

Pero nos tememos que no se ha de hacer mas que á medias, lo cual es lo mismo que no hacerlo.

Por de pronto, el nuevo cuerpo de orden público no nos satisface enteramente.

Ha faltado valor para hacer que la guardia civil vuelva á prestar servicio en las calles.

Y va á encomendarse la seguridad pública á unos paisanos disfrazados de guardias civiles.

Esto nos parece pueril y malo.

Si se queria que fueran guardias, y nos pareceria lo más conveniente, ha debido hacerse que lo sean de veras.

Por lo demás, poner á unos individuos con el sombrero en batalla, no basta para asustar á los criminales.

Lo que hace al guardia civil es la ordenanza militar reforzada por el reglamento del cuerpo.

Así nosotros no damos importancia al uniforme, porque ya se sabe que el hábito no hace al monge.

Más confianza nos inspiraria ver en las calles verdaderos guardias civiles, aunque se les vistiera de sacristanes, que á los señores que están desde la gloriosa sosteniendo las esquinas, siquiera les pongan uniforme de hulanos.

Y nos tememos que los guardias civiles de pega con que va á obsequiarnos el Sr. Rojo Arias no han de ser mucho más útiles que los que hay ahora.

Ojalá nos equivoquemos.

No sabe el gobernador de Madrid cuánto gusto tendríamos en confesar nuestro error.



La coalicion electoral parece que marcha, y á los ministeriales no les llega la camisa al cuerpo.

Hay distrito cuyos electores por no votar á un amigo del gobierno, son capaces de elegir al mismo Belcebú si les pide sus sufragios.

Lo comprendemos. Estos señores patriotas, no es por adularles, pero lo han hecho todo lo mal que les ha dado la gana, y les ha dado la gana de hacerlo rematadísima-mente.

Será una lástima que ahora que ya se iban acostumbrando á vivir del presupuesto y pasear en coche, tengan que volver á trabajar y á andar á pié como el vulgo de los mortales.

Pero si el país se empeña, no tendrán otro remedio.

Y se nos figura que el país tiene muchas ganas de empeñarse.

Yo casi me alegraría porque volvieran á saludarme

algunos que cuando no tenían una peseta eran amigos míos, y desde que se han hecho personajes no me conocen.

Lo cierto es que las elecciones presentan mal cariz, y si no mienten las señales, va á haber cada *mico* que cante el credo.

Ya se ve, como el país ha dado en decir que esta es cuestion de españolismo, vaya Vd. á que le convenzan los periódicos ministeriales.

Y que en asuntos de sentimiento no valen razones.



Y qué pesados estan los amigos del gobierno con la inmoralidad de las coaliciones.

Como si el gobierno mismo no fuera una coalicion. Y el caso es que cuando en algun distrito por circunstancias especiales, uno de los partidos oposicionistas, decide votar un candidato ministerial, aquella coalicion no les parece monstruosa.

Entonces los coaligados son muy buenos chicos, y muy guapos, y merecen hasta un destinillo que no les dan, porque todos son pocos para los cimbro-progresistas.



Y á propósito de elecciones y destinos.

El gobierno al decir de los periódicos noticieros, ha decidido no dar ninguna credencial, mientras dura el período electoral.

¡Qué disgusto para la Tertulia!

Va á perder la aficion al sistema parlamentario.

Si eso se realiza, el período electoral, en lugar de llamarse así, se llamará *cuaresma progresista*.

Pero á bien que á la cuaresma sigue la pascua y en ella podrán atracarse de turrón á su gusto todos los patriotas.



Conque señores, llegó la de las espinacas.

Los españoles no necesitamos hacer penitencia, pues ninguna hay tan pesada como aguantar mas de dos años de gobierno progresista.

¡Quiera Dios que termine pronto esta prolongadísima cuaresma!

Todos los dias hago propósito de no hablar de política, y nada... al dia siguiente ocurre algo que me obliga á insistir en lo de siempre.

Por consiguiente Vds. perdonen y hasta otro dia.



LA INFLUENCIA MORAL

CUENTO QUE NUNCA SE ACABA.

I.

En uno de los pueblos de Andalucía, cuyo nombre se me ha quedado en el tintero, notábase dias atrás una agitacion inusitada.

Un hombre que hubiera caido del cielo, digámoslo así para decir que no estuviera en autos, habria creido simplemente que se trataba de festejar al santo patrono, al ver ir y venir á los honrados vecinos en actitud de hacer salvas, y no con pólvora sola, pues amen de su trabuco, llevaba cada quisque una canana muy bien provista de plomo.

Pero todo el que venia de cualquier punto de España hartó y demás conocia que el inusitado bullicio era cuestion de elecciones.

El punto de reunion de estos electores armados era la casa del alcalde, especie de Sancho Panza sin refranes ni cosa de sal en la mollera, con lo que dicho se está que era un Sancho Panza espúreo, bravo, ó mas bien bravío, en una palabra, progresista.

El sacristan de la villa, jefe en esta funcion de otro bando beligerante, aunque desarmado, dicho sea en honra suya, hubo de decir al paño viendo desde su campo al enemigo: «He aquí la partida de la porra.» Pero el sacristan los calumniaba, y perdónenos el sacristan, porque ninguno de aquellos progresistas llevaba cosa de porra: eran trabucos.

Sea como quiera, la partida del alcalde, gente del bronce *por lo bravo y lo gentil*, era á no dudar la flor y nata del pueblo. Ya los vereis en accion. Pero antes bien será que preparemos la escena, describiendo siquier ligeramente el lugar.

El despacho de este alcalde era un amplio cuarto bajo, que daba paso á otras oficinas interiores, oficinas en que debia haber paja y cebada, segun las señas que eran mortales, pues el rastro de dichos artículos de primera necesidad en aquella casa de labor, atravesaba el piso del despacho y seguia hasta perderse en el corral, oficina que estaba allí muy á la mano.

El decorado era sencillo, pero vario: una mesa de *pintado pino*, digámoslo así, aunque no era pintado sino sucio, se destacaba en primer término, ó mas bien en últi-

— 10 —

mismo momento un talisman contra todos los males. La reina Catalina de Medicis tenia uno igual, el cual llevaba siempre sobre el pecho. Nosotros no debemos dudar de que hay brujas y encantadores, puesto que el Diabolo ha estrangulado ya dos en esta ciudad, hace algunos años, sin contar aquellos que han sido condenados por el tribunal. No es por lo tanto malo el guardarse de ellos, y el talisman que he dado á la señorita Blanca, en vez de atraer á los malos espíritus los hace huir, y paraliza el efecto de todos los sortilegios que se pudieran emplear para triunfar de su virtud.... ¡Oh! ¡qué talisman tan precioso!.... ¡ay!.... si yo lo hubiera tenido á los veinte años!.... ¡Pero no cenais? ¡No teneis gana de comer?

Touquet, se levantó sin contestar á las últimas palabras de su criada y fué á mirar un reló de madera que habia en el fondo de la habitacion.

—¡Las nueve! dijo el barbero con impaciencia ¡Las nueve!.. ¡y no viene!

—¡Cómo! ¡Esperais á alguien esta noche? exclamó la vieja sorprendida.

—Sí, espero á un amigo... poned otro cubierto mas sobre la mesa, porque cenará conmigo.

—Dudo mucho que venga, dijo Margarita, al mismo tiempo que ejecutaba las órdenes de su amo, es muy tarde, el tiempo está muy malo, y seria menester ser muy atrevido para arriesgarse é estas horas por las calles.

En aquel momento se oyó dar un golpe violento en la puerta de la casa, y el barbero dejó escapar una imperceptible sonrisa, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡El es!

CAPITULO II.

El gran señor y el barbero.

La vieja Margarita hizo un movimiento de temor al oír llamar, y miró al su amo, al mismo tiempo que balbuceaba estas palabras:

—¡Es menester abrir?

—Sin duda, ¿no os he dicho que esperaba á un amigo? respondió el barbero arrojando unos trozos de leña á la chimenea. Vamos, Margarita... ¡id pronto!... no hagais esperar.

La viveza no era la cualidad que resaltaba más en la vieja criada, así es

— 11 —

que todavía titubeó un momento, pero una mirada de su amo la acabó de decidir: tomó, pues, una lámpara, y se dirigió al corredor que conducia á la puerta de entrada. Margarita tenia sesenta y ocho años; el trabajo y los ayunos habian desde hacia mucho tiempo encorbado su cuerpo, por lo cual caminaba con mucha lentitud, haciendo con los altos tacones de sus grandes pantuflas un ruido uniforme y continuado, del cual no podia precisar la medida la vieja doncella.

Cuando se hallaba en la mitad del corredor, un segundo golpe, mas fuerte que el primero, resonó sobre la puerta, haciendo sonar todos los cristales de la casa.

—¡Ay, Dios mio! exclamó Margarita, qué prisa tiene... ¿Quién será el amigo del amo que se permite llamar de esta manera?... ¿Si será Chaudorcille? Pero no, ese llama con mucha suavidad... ¿será Turlupin? ¡No, ya le hubiera oido cantar en la calle! ¡Además ese no es amigo de mi amo! Ya tengo curiosidad por saber quién pueda ser.

La curiosidad no hizo, sin embargo, marchar mas ligera á Margarita, la cual llegó, sin embargo, á la puerta, y la abrió, no sin haberse encomendado á su santa patrona.

Un hombre, envuelto en una larga capa, la cual le cubria la mayor parte del rostro, y cuya cabeza se hallaba cubierta con un sombrero adornado con plumas blancas, y tan calado sobre los ojos, que apenas se distinguian estos, apareció en el umbral de la puerta, y preguntó con voz fuerte, si vivia allí el barbero Touquet.

—Si señor, respondió Margarita, procurando inútilmente ver las facciones del recién llegado; sí, aquí es... ¿Sin duda sois vos la persona á quien esperaba mi amo?

—Pues entonces, conducidme á donde se encuentre, dijo el desconocido.

¡Margarita cerró la puerta, y guió al embozado por el largo corredor que tenían que recorrer, no sin aproximar de cuando en cuando su lámpara al rostro del extranjero, bajo pretexto de alumbrarle, pero solamente para tratar de conocer á la persona que acababa de introducir en la casa.

Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque el extranjero marchaba con la cabeza baja, y la capa le seguia cubriendo el rostro. Margarita se contentó pues, con examinar las botas del desconocido, las cuales eran blancas y armadas con espuelas. Esto parecia ser un dato, pero des-

mo, como quiera que estaba arrinconada en el ángulo derecho; en el izquierdo, ó sea detrás de la puerta, un retaco, una azada, un baston de mando y otras herramientas; en el tercer ángulo un seron, una espuerta y otros utensilios de esparto; y en el último, hasta una docena de henchidos sacos formando pila, y si quereis, trofeo con un aparejo, no se si de mulo ó yegua, y un cabestro seguramente de asno.

Entre estos puntos que llamaremos culminantes, se repartian en el más bello desórden unas diez ó doce sillas del mismo palo y pintura que la mesa.

Había sobre una silla un garbillo, sobre otra un medio celemin, sobre otra un sombrero, sobre otra una faja, sobre otra un perro, sobre otra un gato y sobre la mesa—escritorio toda esta colección de historia natural: unes zapatos de becerro blanco, una pistola de chispas, un rollo de papel sellado, un cesto de naranjas, sin naranjas, con las cáscaras, un tintero de cuerno, una salvadera de barro y dos plumas de corral, una botella vacía, un velon de hoja-lata, lleno hasta derramarse, un mendrugo de pan, una navaja y un oficio de la superioridad.

Todo esto había en el despacho del alcalde.

Posdata. Había tambien un muchacho de unos diez ó doce años, hijo de su merced por las señas y por la familiaridad conque pintaba monos con carbon en las paredes y escribía por aquí y por allá:

Biba que biba por la grasia De dios ila mona alquia es Pañola

Lo iso pepe miguel oi dela flecha.

No podía estar mas honrosamente decorado el despacho de su merced.

Ahora pongámosle en accion.

II.

—Güenos días y salud, dijo entrando en el despacho un hombre alto y récio como un roble y bravo de espresion, á juzgar por su voz dura y por sus ojos vizcos, única cosa que se le veía del semblante entre el embozo de su capa y el ala gacha del sombrero.

—Adios, amigo, contestó el alcalde ciñéndose la faja ¿Hay noveá?

—Nenguna.

—Y los muchachos?

—En sus puntos oprotunos.

—Ya te he dicho Caenas, que los elemigos del órden, están apersebios pa jaser trunfar sus candilatos y será muy rigular que haiga atropellos.

—¡Quiá! Si estan ayá los muchachos.

—¿Bien privinios?

—¡Pehe! como yo.

—¿Que yebas tú?

—Na.

Y Caenas se desembozó exhibiendo su personalidad armada de un retaco, dos pistolas y un sable doblado, ó sea una navaja visible por arriba y por debajo de la faja.

Hecha esta solemne exhibicion, Caenas volvió á embozarse hasta los ojos calándose aun mas el calañé.

—Güeno, dijo el alcalde; por si se esmandan, ya sabes la consinia.

—No se esmandarán, contesto el otro con tono arrogante.

—Es que son ellos mas y...

—Pero mi gente... es güena gente.

—Si, pero ya sabes lo que ise la copla

—¿Que ise?

—Ise...

Y sin perder su serenidad recitó su merced con cierta canturia no desprovista de gracia, ó guasa:

*Vinieron los sanrasenos
y nus molieron á palos,
pos Dios ayua á los malos
cuando son mas que los güenos.*

—Esa copla está mu mal cantá, dijo Caenas, desembozándose otra vez con ademan terrible.

—No lo digo por tauto, Caenas, repuso el alcalde ¿Quién había de apalearnos á nosotros siendo progresistas?

—Naide.

—Pos eso es; ni mucho menos tiniendo yo esto en la mano.

Y su merced indicó su vara de justicia.

—Y esto yo.

Y Caenas indicó á su vez su boca de fuego.

—Yo lo decia al tanto de que ganaran la votacion.

—Quiá. Eso no pue ser.

—¿No pue ser? preguntó el alcalde con cierta candidez.

—No señor, contestó el otro con toda seguridad.

—Güeno. Pos en viendo que veas que las cartas van mal das... ya sabes la consinia.

—No la orvío.

—Y si arguno quea tumbao... á quien Dios se la dé, San Paulo se la bendiga.

—Amén, contestó el maton con tono de *requiem*.

—El *tio* responderá por mí, añadió su merced dando con los nudillos en un papel que había sobre el pesebre ó lo que fuera aquella mesa de historia natural.

—Conque, dijo Caenas embozándose de nuevo ¿se viene osté pa ayá?

—Otavía no es hora oprotuna pa mí. Y aluego que estoy asperando al secretario pa dar un gorpe maestro.

¿Onde dimonios estará ese arrastrao?

—Me pasaré por el ofisio y le diré...

—En el ofisio no está; pero pásate por casa é la viua, que él siempre está ayí y dile que lo aspero pa un auto del servisio.

—Pos jasta mas ver.

—¿Quiéres una copa?

—Me he bebido ya un vaso.

—Pos la consinia y adios.

III.

Caenas se fué, y bien que pasara por casa de la viuda, donde siempre estaba, y aun por el oficio donde no estaba nunca el secretario, lo que es el secretario no acudia al llamamiento de servisio.

Su merced se desesperaba y con razon, porque le retozaba en el cuerpo una como idea que podia en su sentir asegurar el triunfo electoral.

En su impaciencia, mandó por un lado al alguacil y por otro al mozo de mulas con encargo, ó mas propiamente auto de prision.

Con todo eso, ya fuera que el secretario no quisiera dejar á la viuda, ya que la viuda no quisiera dejar al secretario, el hecho es, que el secretario no venia, y haciéndose ya tarde:

—¡Mala senteya lo parta á él y á su futura! exclamó su merced con justa cólera. Si no fuera por el *tio*, que me lo tiene ricomendao, le habia de romper hoy mesmo el nombramiento y la vara e juricion en las costiyas. Pero no lo necesito. ¡Pepe, Miguel! gritó llamando.

Y el muchacho acudió brincando como un burrucho.

—Pare ¿me yama osté?

—A ver, asiéntate aquí como un hombre y escribe espasito y güena letra to lo que yo te vaya isiendo. ¿Sabrás tú?

—¿Pos no he de saber? contestó el pintamonas mirando con cierto orgullo á sus letreros de carbon.

Y asiendo una pluma y un pliego de papel, que su padre le dispuso, fué escribiendo, bajo la redaccion de su merced, el siguiente curioso documento; del que solo corregimos la ortografía, con permiso de *Pepe Miguel*:

«BANDO.

Don... (Sancho Panza, digamoslo así, por no hacer alusiones personales) alcarde custitucional de esta viya y sus reores, enclusivi con la ilesia parroquial.

Hago saber: que para jaser este auto con toas las probalidaes de trunfo pa el servisio rial, sigun las leis del sunfragio y emas erechos endividales, mando el siguiente artículo y los emas que vayan saliendo.

Articul primero. Toas las presonas comprendias en el sunfragio aniversal, votarán con toa libertá la candilatura menisterial que es la mas mejor, pos se perderán envoluntariamente tos los votos que voten candilatos ilegales, sin preuisio de los mesmos preuisios que puean sobre venir ensima de los estransingentes.

Art. 2.º Solamente podrán votar los que tengan ventisinco años cumplios con dos ú tres de antisipacion; pero los que esten encapasaos por farta de cabal juicio y pruencia menisterial, no pasaran de los venticuatro pa los efectos de la ley, mas que pasen de la regla en punto de años y edá.

Art. 3.º Dende ahora está prohibeio yevar á votar almas de fuego, blancas ú negras, á los elemigos de la monalquía, lo cual no resa con los de mi paltio, que las yevarán pa efensa propia de los mesmos elemigos.

Art. 4.º Quea mesmamente disolvía la cualision de los entransingentes ripublicanos cón nuestra Santa Mare Ilesia, la cual debía juir de las malas compañías, siquiera por el bien pareser, prosupuesto que emparejaré á to Dios con mi vara é justicia.

Art. 5.º A toa la gente de ilesia y al maestro de escuela se le pagará el curto y clero que se les debe á toca teja, el dia mesmo del escutinio, si es güeno, prosupuesto; onde no habrá curto y clero pa secula seculorum.

Art. 6.º Los que no sepan de letra, yo y mi secretario les jaremos las papeletas, sin enterés nenguno.

Art. 7.º

Por aquí iba Pepe Miguel escribiendo cuando apareció el secretario. ¡Lástima que no se hubiera tardado cinco minutos mas para haber poseido íntegro el bando.

—¡Mala senteya te parta! exclamó el alcalde al verlo ¿Onde dimonios te metes?

—En el ofisio, contestó impasible el interpelado.

—Mientes, porque te han buscao ayi y ayi no estaban tus güesos. En cas de la viua si que estarias.

El jóven se sonrió.

—¡Marditas sean las mujeres! añadió su merced desfogando en esta exclamacion toda su cólera. Misté que un dia como hoy dir á ver la novia, másimi siendo vieja, fea y esetra. Ea, al avío.

—¿Qué ocurre?

—Pásate por la vista ese decumento y vamos á rematarlo.

El secretario leyó el bando y solapando la risa le hizo ver la inconveniencia de dar arma tan contundente á la oposicion, con lo cual y con sentimiento del alcalde y nuestro y vuestro seguramente, quedó *in statu quo* tan precioso monumento.

—Llegó, sin embargo á manos de los *elemigos*, pues con esta idea y de acuerdo en esto con el secretario, puesto que no estaba firmado, hubo de dárselo el padre al hijo con instrucciones que cumplió el muchacho á las mil maravillas.

IV.

Pero aunque no se fijara en las esquinas para que sirviera de ley electoral, bien puede inferirse de su incompleto testo la intencion completa del alcalde, el espíritu puro, ó sea la influencia moral de aquellas elecciones.

De lo que ocurriera en ellas nada puede dar idea mas exacta que otro documento de la misma procedencia. Son cuatro palabras; pero valen toda una historia y toda una filosofía y toda una moral.

Hélo aquí:

«Parte telegráfico.

Ganás las elesiones sin noveá. Ha habido tiros, pero na mas que un muerto y algunos jerios.»

¿Qué hemos de añadir ya á esta interesante historia?

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

El miercoles asistimos á un espectáculo curioso, que á muchos de los que lo presenciaban movia á risa y á nosotros nos arrancó lágrimas.

Tratábase de un entierro.

La comitiva era de lo mas variado que puede imaginarse.

Vamos á procurar describirla á nuestros lectores, aunque no sea mas que para hacer participar de la impresion que nosotros al verla experimentamos.

Abrian la marcha unos individuos mal trazados, armados de sendos garrotes, los cuales llevaban en el brazo una cinta en la que se leía esta divisa: *derechos individuales*.

A su paso la multitud se apartaba temerosa recordando, no sabemos qué, y en los ojos de algunos de los circunstantes relampagueaban la indignacion y la ira.

Seguian á estos los moros fronterizos que llevaban un estandarte, en el que se ostentaba el siguiente lema: *A la lealtad política*. A medida que se acercaban al cementerio, á pesar de que no son hombres acostumbrados á cambiar de color, iban poniéndose pálidos: algunos cuchicheaban entre sí y pudimos oír que uno que pasó muy cerca de nosotros decia al que iba á su lado: «¡Si D. Leopoldo levantará la cabeza!»

Detrás de estos venian los cimbras, todos muy gordos, con fraques nuevos, como si acabarían de salir de la roperia, y los pechos llenos de cruces, bandas y condecoraciones. Al verlos tan inflados y tan satisfechos, exclamó un viejecillo que á nuestro lado estaba: «Se han empenado en parecer personajes y nunca lograrán pasar de cimbras.»

En medio llevaban unas á manera de andas en que se representaba un grupo compuesto de dos figuras: la mas bella era una mujer hermosa y jóven, aunque demasado deseavuelta, que llevaba en la cabeza gorro frigio, y la otra era un hombre que se abrazaba estrechamente á ella y aprovechaba la ocasion para hundirla un puñal en la espalda.

A continuacion venian cuatro hombres que llevaban

un gran caldero en el que se veía esta inscripción *La Tertulia*. Detrás de él un ciudadano con un gran cucharón en cuyo mango había un letrero que decía *patriotismo*, sacaba papeles, que según nos digeron, eran credenciales y que una multitud de ciudadanos que al rededor iban, se disputaba.

Luego aparecía una infinidad de hombres completamente enlutados, con las caras tiznadas de carbon, las uñas sumamente largas y las manos sucias. Entre cada dos de ellos llevaban á un guardia civil desarmado y atado codo con codo, que no parecía sino que iba á la cárcel, y allí iba en efecto. Cerraba este grupo una mujer llorosa y con el vestido hecho girones, que ostentaba en la mano izquierda una balanza sin fiel y en la derecha una espada sin punta. Los enlutados eran, según nos advirtieron los puntos negros de la situación y la mujer que les seguía sin poder alcanzarles, la justicia, tal como la han puesto los radicales que ahora se estilan.

Alargando las manos, como para pedir limosna, venían luego una porción de hombres y mujeres, que apenas podían tenerse en pié, según estaban de flacos, escuálidos y macilentos. Venían vestidos con pedazos de periódicos ministeriales, única cosa que habían podido recoger en las calles. No necesitamos que nadie nos digera quienes eran aquellos infelices, porque sus fachas decían con harta elocuencia que teníamos delante á los maestros de escuela y retirados y viudas de provincias.

Detrás venía el crimen llevando un puñal en una mano y en la otra una ganzua. En su cara se veía pintada la satisfacción, y en la mirada altiva y serena que dirigía á la concurrencia podían leerse estas palabras que sin duda iba pensando. «A mí nadie me tose: yo me paseo audazmente por campos y ciudades y así me cuido de los encargados de velar por la sociedad como ahora llueven pepinos».

En pos de él una porción de señores azotaban con inaudita crueldad á una pobre señora, que parece era la subordinación militar.

La infeliz se conoce que estaba ya tan acostumbrada á los golpes, que soportaba, mas que con resignación con estoicismo, los que le daban, y hasta llevaba en la mano con cierta burlona complacencia un embudo, emblema de la ordenanza aplicada por los militares patriotas.

Iban luego los imponentes de la que fué Caja de Depósitos, enteramente desnudos, y sin mas abrigo que unas grandes monteras hechas con Bonos del Tesoro.

Y á estos seguían tristes y cariacontecidos, con los bolsillos llenos de papeles mojados los que tomaron parte en los empréstitos del Sr. Figuerola.

Cerraba la marcha un gran carro fúnebre.

Tiraban de él todos los inocentes que creyeron en las promesas de la revolución de Setiembre.

En el carro iba un ataúd conteniendo el cadáver de la *España con honra*, tan flaca y tan estropeada que verdaderamente parecía una sardina. Llevaban las cintas del féretro seis caballeros, cinco de los cuales eran hace poco enemigos, y ahora viven al parecer con la mayor cordialidad.

Y por último un buen mozo de grandes bigotes y hermosa cabeza, arrojaba al pueblo ejemplares de comedias y programas de Cádiz, mas del gusto del público aquellas que este.

Viendo estábamos pasar tan estraña comitiva, y pensando en los recuerdos que había evocado en nosotros, cuando de repente todo desapareció de nuestra presencia y nos encontramos metidos entre las sábanas que todavía tenemos á pesar de la *gloriosa*.

CASCABELES

El Conde de San Luis ha sucumbido al fin en Sevilla á su penosa enfermedad.

Era un hombre de gran talento, y le debían mucho las letras y sus cultivadores.

Rogamos á Dios por su eterno descanso.

La sociedad de Conciertos que dirige el Sr. Monasterio se prepara á dar los de costumbre en el Circo de Rivas, en los dos meses próximos.

Conocida la afición del público es de creer que apenas abierto el abono quedan colocados todos los billetes.

¡El duque de Montpensier desterrado por el general Serrano! ¡y por Martos!!!! y por Sagasta!!

¡Parece mentira! digo, la politiquilla de este país.

Resueltamente, la política es una cosa que no podremos entender nunca.

Si este gobierno gana las elecciones, les digo á Vds. que lo entiende, porque jamás se ha visto coalición tan tremenda como la que se le viene encima.

Todos los partidos contrarios se entienden en todas partes.

Como yo no soy de ningún partido, cuando miro al gobierno, y cuando miro á los partidos, exclamo con pena: ¡Pobre país!

Parece que se va á disminuir el alumbrado público en Madrid.

La ocasión no puede ser mas propicia. Con alumbrado, hay palos, navajazos y tiros; conque, ¿qué no habrá si se disminuye el alumbrado?

En Yeste, un alcalde ha destituido al maestro de escuela por desafecto al gobierno.

¡Y puede que el maestro de escuela no cobrara como les pasa á casi todos!

Pero el alcalde es tan liberal que pretende que el maestro sea afecto á la situación que le mata de hambre.

Atencion.

Dice un periódico:

«La planta de la secretaria de Hacienda queda reducida á cuatro oficiales y diez auxiliares. Había tres oficiales y once auxiliares.»

¿Quieren Vds. hacerme el favor de decirme dónde encuentran Vds. la reducción?

La reducción es aumentar un oficial con gran sueldo y suprimir un auxiliar con sueldo módico.

Me parece que, como dijo el otro, rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Digo, creo yo.

A propósito de los pasos dados para buscar á los trabucaires que dispararon en la calle de San Roque contra el señor Ruiz Zorrilla, dice un periódico que una de las casas de dicha calle comunica por medio de un subterráneo con el convento de monjas de San Plácido.

¡Pero hombre!... Estos progresistas cuando se ponen á hacer conjeturas son atroces.

Todavía van á encontrar un subterráneo que comunique con el convento de los monjes del Monte de San Bernardo.

Rusia tiene ya un ejército de cuatro millones de soldados.

Esta noticia debe hacer creer á Vds. que el autócrata tiene el bello ideal de hacer un día ú otro una barbaridad. El mundo se vá arreglando.

Al fin el gobierno, en lugar de conocer su error, en lo que no hay nunca desdoro, y revocar su acuerdo contra los generales no jurados, insiste en desterrarlos á Mahon. Y vean Vds. cómo un gobierno es tan ciego que no vé que esa medida sobre no servir de nada, choca con todos los antecedentes de los mismos que la decretan, los cuales por haber sido objeto de una disposición parecida, aunque más justificada, hicieron la llamada gloriosa revolución de Setiembre que tiene tanto de gloriosa como yo de capitán general.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR.

La política endiablada que en el pueblo hispano impera es una farsa grosera y perpétua *mascarada*.

Un cesante mas quemado que un pisto manchego.

CHARADITA.

La primera y la segunda quema, destruye y arrasa; la segunda sola vá, y la tercera en la montaña, allá en Santander he visto con bonitas casas blancas; prima y segunda con garbo hace á veces mi criada, y la tercera con prima es una cosa que pasa y no debiera pasar porque es solamente farsa; la primera la repite el que en el teatro canta, y el todo, si es que lo tienes, te sirve por la mañana, sobre todo, cuando sales en camisa de la cama. ¡Y vaya si serás torpe si no aciertas la charada!

ANUNCIOS

FÁBRICA DE MOÑAS DE PELO-SEDA.

Jacometrezo 36 y 38. *El Aguila francesa.*
Gran coleccion de peinados de formas nuevas y elegantes, trabajados con tal perfeccion que no se diferencian de las de pelo natural, á 14, 18, 22 y 26 rs. y trenzas del mismo género á 4, 6, 8, 10 y 12.

MÁQUINAS

PARA JABONES COCIDOS DE TODAS CLASES.
Único sistema verdadero. Utilidades positivas. Facilidad y economía sin ejemplo. Pedir prospectos á Sres. Franco. C. Martín y Compañía, Calle Serrano, 75 bajo. Madrid.

NO MAS TISIS.



PASTILLAS DE BELMET

CONTRA LA TISIS Y TODA CLASE DE TOSES.

Dos años acaba de cumplir en que una dichosa casualidad nos hizo adquirir la benéfica planta descubierta en una de las montañas del Pirineo por un pastor del rico propietario Sr. Belmet, quien en un grado incipiente de tisis, cansado de sufrir quiso suicidarse con una planta que conocía nociva para el ganado, y que vino á ser su salvacion. Planta que aplicada luego empiricamente por el Sr. Belmet, produjo inmensos bienes á sus convecinos en las afecciones del pecho. Planta que sujeta luego por nosotros á los ensayos de la ciencia, nos ha proporcionado un producto que en forma de pastilla hace dos años venimos sirviendo á un crecidísimo número de enfermos en toda clase de enfermedades del pecho, habiendo obtenido los mas felices y pronto resultados, y que podemos comprobar con cien cartas, suscitadas por farmacéuticos, médicos y enfermos, muchas de las cuales publicamos en la actualidad en EL CORREO UNIVERSAL, limitándonos aquí á manifestar la que recientemente se nos remite por el Sr. Ferrer, á cuyo señor y apreciable familia no tenemos el honor de conocer.

El Pardo 12 de Junio de 1870.

Señor mio: para que pueda Vd. añadir al número de los benéficos, admirables y casi milagrosos resultados de sus *Pastillas de Belmet*. Le diré: que después de dos años de padecimientos de un *catarro pulmonal crónico* por mi hija Adelaida, jóven de 20 años, desesperanzado ya de su curacion, según la opinión de seis distintos profesores de medicina, entre ellos algunos bien conocidos en esa corte, recurí á las *Pastillas de Belmet*, mas bien como prueba que por confianza, que no tenia. Mi sorpresa, la de toda mi familia y amigos, fué tan agradable, cuan rápidos los efectos obtenidos con la primera caja, repitiendo hasta la tercera; y hoy la enferma, con admiracion general, esta robusta, ágil, con apetito y en perfecta salud, y de la cual antes carecia absolutamente. Todos en esta casa damos gracias á Dios por habernos proporcionado tan eficaz remedio, y no ceso de propagarlo entre mis relaciones, para que cuántos se hallen en el caso de mi hija obtengan los resultados tan rápidos como benéficos que nosotros hemos conseguido, quedando Vd. autorizado para hacer de esta carta el uso que tenga por conveniente, puesto que este caso es notorio entre todas las personas principales y médicos de esta poblacion. Interia llega el dia de que pueda darle las gracias personalmente, recibidas de toda mi agradecida familia, y de su afectuosísimo seguro servidor,—Tomas Ferrer y Alegre, interventor jubilado del patrimonio en el Pardo.

Á la carta anterior hemos creído conveniente, en bien de la humanidad y en apoyo del crédito general que hoy disfrutan ya las pastillas de Belmet, publicar, autorizados para ello, las dos cartas que acabamos de recibir, una de ellas suscrita por D. Antonio Durán, á cuyo señor no tenemos el honor de conocer, incluyéndonos otra carta de su señora hija, vecina de Sevilla, sobre cuyo contenido nada nos permite decir la modestia que nos caracteriza, ni nuestra honrosa posicion como profesores.

«Aguilar de Córdoba (fonda de Carretero) 7 de enero de 1871.

Señor mio: Adjunta remito á Vd. una carta que me manda mi hija Ana cuando escribía esta, dándole las gracias, aunque no tengo el honor de conocerle. El feliz resultado obtenido es admirable pues se ha puesto buena con las pastillas de Belmet. Dicha mi hija hace dos años que está ética de la garganta; no dormía de noche, y pasaba ésta sentada en la cama con una tosa que le devoraba; se quedó sorda, y echaba por los aires pedruzcos como de pelotón; desahuciada por varios médicos de Sevilla, y todos á los veinte ó treinta dias de visitarla se retiraban diciendo que se moría. En este estado, fui á Madrid á mis negocios, y el 20 de agosto tomé en la calle del Pez, núm. 9, seis cajas, comencé á tomarlas mi hija y dió por resultado que á los treinta dias desapareció la tosa, se la quitó la sordera y se puso muy aliviada y tuvo mucho apetito; de modo que con las seis cajas que yo la compré y otras seis que se tomaron después, mi hija está ya buena, gracias á Dios y á Vds.; y en prueba de ello le mandé á Vd. la carta que mi hijo me escribe, la cual es casada, tiene 28 años y vive en la calle de Caraballo, núm. 3, en Sevilla; y deseo publiquen Vds. esta carta, pues son muy las personas de Sevilla que compran sus pastillas al ver el feliz resultado de mi hija.

Dándole las gracias se ofrece S. S. Q. S. M. B.—Antonio Durán.»

«Sevilla 3 de enero de 1871.

Querido papá: Deseo siga bueno en union de mamá; yo sigo buena, gracias á las pastillas de Belmet, y cuando Vd. me vea no me va á conocer, tal es la mejoría que tengo, pues Vd. con traerme las pastillas de Belmet me ha dado la vida; ahora tomo dos cada dia y quedará del todo buena; yo le agradezco á usted me trajese estas astillas, pues en seguida he hallado mi curacion, de la que los médicos no esperaban ya remedio, conocido que no tomase, y me admiró de mi estado de salud y petíto que tantos meses hacia que nada quería comer. (Siguen aquí algunas particularidades de familia, que no es del caso insertar.)

Su hijo que le quiere,—Ana Durán.»
Ahora, enfermos y profesores formen el juicio que gusten, limitándonos á dar las señas de los interesados, para los que gusten tomar mas datos sobre el particular.

Las *Pastillas de Belmet* se espended en Madrid, en las farmacias de don Vicente Saiz y D. Félix Montero, calle del Pez, núm. 9, y Corredera alta núm. 3, lo cual se encargan de su remision á todas partes.

Precio de la caja: 30 rs.—En los pedidos de seis cajas en adelante se rebaja el 25 por 100.

NOTA.—Todas las cajas que no lleven las firmas Saiz y Montero y además la litografía del pastor que va al respaldo de cada caja, son falsas; lo cual ponemos en conocimiento de todos nuestros depositarios y enfermos que de ellas hagan uso.

DEPOSITARIOS.

Alicante, farmacia del Sr. Rodriguez Hernandez.—Almendralejo (Badajoz), droguería del Sr. Gonzalez.—Almería, farmacia del Sr. Rivas.—Altea (Alicante), D. Juan Ripoll.—Avila, farmacia del Sr. Rodriguez.—Bilbao, farmacia del Sr. Pi edo, Cruz.—Cádiz, farmacia del Sr. Martos, San Francisco, 25.—Córdoba, farmacia del Avilés.—Denia, farmacia del Sr. Comerma.—Gerona, D. J. Vila, farmacia de Sontola.—Granada, farmacia del Sr. Perez Rubio, puente del Carbon.—La Carolina Jaen, farmacia del Sr. Pailla.—Las Palmas (Canarias), farmacias de los Sres. Lizana y hermanas Benetas.—Logroño, farmacia del Sr. Zardoya.—Málaga, farmacia del Sr. Prolongo.—Madrid, farmacia de los Sres. Simon, Caballero de Gracia; Miquel, Arenal 2; Ulzurrun, Imperial, 1, Rodriguez Hernandez, Mayor, 29; Ferrer, Montaña, 54; Borrel, Puerta del Sol; Moreno, Mayor, 95.—Oviedo, farmacia del Sr. Martínez.—Patencia, farmacia del Sr. Fuentes, Mayor 114.—Pamplona, farmacia del Sr. Colmanares, Bolserías, 18.—Santa Coloma de Farnes (Gerona), farmacia del Sr. Glascar.—San Sebastian, farmacia del Sr. Usabaga.—Santiago, farmacia del Sr. Blanco Navarrete.—Sevilla, en Triana, farmacia del Sr. Delgado.—Talavera de la Reina (Toledo), farmacia del Sr. Lizana.—Torrijos Toledo, farmacia del Sr. Belanzón.—Valencia, farmacia del señor Fabia, San Vicente.—Valladolid, farmacia del Sr. Reguera.—Vega de Pas (Santander), farmacia del Sr. Pelayo.—Vigo, farmacia del Sr. Varela.—Victoria, farmacia del Sr. Arellano, Postas, 7.—Zaragoza, droguería del Sr. Jordán, plaza del Mercado.